



Homilía

Funeral don Ceferino Martín Calvarro

Expreso un hondo pesar y dolor por el fallecimiento de don Ceferino. Este sentimiento compartido es el que nos convoca esta mañana para darle el último adiós y para ponerlo en las manos del Señor en esta Eucaristía por su eterno descanso.

Desde que he tenido la gracia de incorporarme a esta muy querida iglesia particular de Coria- Cáceres, ya hace un año y medio, han fallecido unos cuantos sacerdotes, más o menos de la edad de don Ceferino. Con algunos, casi no tuve tiempo siquiera para una conversación, con otros de advertir su valía humana y su profundo carácter sacerdotal: Don Pedro, Don Miguel, Don Antonio, Don Francisco, Don Félix, Don Santos, Don Francisco Pérez, Don Manuel Manzano y ahora Don Ceferino, que es como un exponente de su generación. Con él, sí he tenido oportunidad de compartir mesa y charla sobre todos los temas, pero muy especialmente sobre nuestra familia diocesana. Estos días de su último ingreso han llegado múltiples mensajes interesándose por él. Y ya ayer, mensajes de pésame por parte de personas que lo han conocido bien, mensajes llenos de afecto y de admiración, recordando momentos especiales compartidos con él. Pero no quisiera hacer un más que merecido elogio fúnebre que don Ceferino no necesita este momento.

Me gustaría destacar más bien la herencia que nos deja, la herencia que nos deja él y los sacerdotes de su generación, unos sacerdotes a los que le tocó vivir de lleno el Concilio Vaticano II e iniciar una nueva etapa evangelizadora en la Iglesia y en nuestra diócesis, cruzando el umbral del tercer milenio.

Tres cualidades que nos estimulan a todos, sacerdotes, laicos y religiosos, a seguir a Jesús como ellos lo siguieron.

En primer lugar, quisiera destacar su **humanidad**. Por su encarnación, el verbo siendo Dios se hizo carne, un hombre completo, alma y cuerpo y con una humanidad perfecta.

La humanidad de Jesús nos enseña hasta dónde puede dar de sí la nuestra. El seguimiento de Jesús también nos perfecciona a nosotros como personas humanas, haciéndonos cada vez más semejantes a Él. La fe, la vocación sacerdotal, la vida cristiana, saca de nosotros mismos lo mejor que tenemos. Nos hace buenas personas. No digo mejores o peores que los demás, sino mejores que si no tuviéramos fe. Viendo estos días a don Ceferino vivir su enfermedad con interés, pensaba que el sacerdocio le ha modelado en su carácter, pero también incluso en su aspecto físico. Hasta en su parte exterior se me representaba nuestro Patrono San Pedro de Alcántara, hecho de raíces de árboles, como decía Santa Teresa, pero de una gran reciedumbre consigo mismo y amabilidad con los demás. Y unas raíces, además, han arraigado a don Ceferino y a los sacerdotes de su generación en esta tierra, en esta gente, en estos pueblos, a los que han



querido de verdad. Don Ceferino estudió en el seminario de Ciudad Rodrigo, pero cuando se reorganizaron las diócesis, pasó él con su territorio, con su pueblo, Robledillo donde nació y Descargamaría donde creció, a Coria-Cáceres.

Cuando hablaba de su casa, de su padre carpintero, de su madre, de sus hermanos y sobrinos, se le encendían los ojos. Los sacerdotes son hombres de familia, de tal familiar y agradable con todos.

En segundo lugar, quisiera destacar su **eclesialidad**, es decir, el sentido de pertenencia y de dedicación no solo a esta tierra, sino también a la Iglesia, a esta Iglesia. Don Ceferino ocupó muchos cargos directivos de autoridad, pero no se sirvió de ellos para su provecho e interés, sino para servir a los demás, para entregarse como Jesús, que no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida por todos. Don Ceferino fue formador y rector del seminario muchos años, profesor y director del Colegio Diocesano, coadjutor y párroco, Vicario de Pastoral y Vicario General, Administrador Diocesano y muchos más servicios, dejando en todos ellos un rastro de gratitud y de admiración en las personas con las que convivió por su entrega hasta llegar incluso a este momento.

Ahora ya hace años que don Ceferino se jubiló, se apartó y sin embargo queda en el corazón de todos nosotros ese sentimiento de gratitud y de admiración. Sin apearse a cargos ni aspirar a honores, sin sentirse en ningún momento más que los demás, y desapareciendo con elegancia en el momento adecuado. Yo mismo he podido disfrutar de este momento, de su apoyo, de su cercanía y hasta de su confianza, y comprobar su lealtad y facilidad a los obispos con los que ha trabajado. Don Manuel Llopis, que lo ordenó y le envió a estudiar, Don Jesús Domínguez, al que acompañó en su ministerio y en su rápida enfermedad, Don Ciriaco, del que hablaba con gozo de sus correrías por la diócesis, Don Francisco, al que pidió, tras unos años de vicario con él, que le permitiese atender a su padre, ya centenario.

En tercer lugar, me gustaría destacar su **espiritualidad**. No sé si antes era así, pero el Ceferino mayor al que yo he conocido era místico y mistagogo, con una fe no solamente firme, sino con una fe a flor de piel, hasta el punto de sentirla como natural. No era postizo cuando hablaba del Evangelio. En privado, pero también en las intervenciones que ha tenido en el Consejo Presbiteral, insistía siempre en lo mismo, en la necesidad del primer anuncio cristiano y de la centralidad del bautismo.

Cuando hablaba con él y le preguntaba: «Ceferino, usted conoce bien esta diócesis, ¿por dónde tenemos que ir, qué prioridades tenemos que atender?» No me contestaba nunca con hacer planes, mejorar la organización, cuidar los recursos... sino que me decía el amor de Dios. Decía él, «hay que subrayar el amor de Dios y la importancia del bautismo. Lo veo clarísimo», decía. «Vivimos colgados del cielo. Por el bautismo hemos recibido una vida nueva que es para siempre y que ya vivimos aquí porque ya estamos salvados».



Este diálogo que hemos escuchado en el Evangelio de Jesús con Nicodemo, don Ceferino lo tuvo muchas veces en su oración. ¿Cómo nacer de nuevo siendo ya viejo? ¿Cómo renacer del agua y del espíritu? En el Cielo experimentará lo que vivió aquí anticipadamente en el Sacramento. Hemos sido sepultados con Cristo para renacer a una vida nueva marcada por el amor de Dios.

Ceferino no solamente ha sido el exponente de los sacerdotes de su generación, sino que también ha sido un molde, un modelo, un referente para las generaciones siguientes, un modelo de persona comprometida, de sacerdote entregado, como formador y rector del seminario, y también por su bondad y trato como profesor y director en el colegio, y por su piedad como párroco. Contemplando la vida de estos testigos de Don Ceferino ahora, pero también de los miembros de su generación, nos damos cuenta de que no partimos de cero, que construimos sobre un cimiento sólido, cimiento sólido de nuestros predecesores. Seguimos a Jesús por el rastro que han dejado nuestros mayores, nuestros padres, nuestros sacerdotes, que han dejado un camino más expedito, más transitable, una fe vivida en nuestros pueblos y nuestras ciudades y en nuestro tiempo.

Son ya muchos los sacerdotes de su generación que he visto partir en este año y medio. Se hace necesario tomar el relevo con muchos y buenos sacerdotes y con laicos comprometidos que se dejen modelar por la humanidad de Cristo en su seguimiento para encarnarse y comprometerse en esta tierra que se pongan al servicio de los demás sin buscar el propio interés y que sean místicos y mistagogos que conduzcan al encuentro con el Señor.

Vamos a pedir en este día especialmente que el Señor suscite vocaciones sacerdotales, religiosas, laicales, al matrimonio, al servicio de la sociedad y de la Iglesia. Si la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos, que la sepultura de sacerdotes santos como grano de trigo fructifique nuevas vocaciones.

Continuamos ahora la Eucaristía. Es el memorial de la muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. En ella vamos a asociar la muerte de don Ceferino a la muerte de Cristo, para que, muriendo con Él, resucite también con Él, sabiendo lo que nos dice el Señor: Si morimos con Él, resucitaremos con Él.

+ Jesús Pulido Arriero
Obispo de Coria-Cáceres